

LA ESPADA DE DAMOCLES

HERNANDO GAITAN LINARES

Creo porque es absurdo:

Tertuliano

Cerca de siete mil millones de habitantes poblarán nuestro planeta al culminar este período histórico en el año 2.000. El actual sistema económico alcanzará para entonces su máximo nivel de deterioro, asediado por sus contradicciones y por la imperiosa alternativa de un cambio radical en sus instituciones y estructuras sociales. Ya en el pasado, civilizaciones semejantes confrontaron este trágico dilema, a juzgar por los resultados que ha venido aportando la investigación científica. Tal parece como si la gran aventura humana tendiera siempre al perpetuo retorno. Signos precursores de esta abrupta rotación se revelaron con igual nitidez en ciclos históricos que sucumbieron por causas aún desconocidas. Para nadie es difícil apreciar que nuestros antepasados conspiraron para acelerar los violentos cambios que experimentaron las civilizaciones precedentes. La amenaza gravita hoy como la espada suspendida que acalló la euforia de Damocles. Sobre las grandes urbes se ciernen brumas que semejan inmensas esponjas de color ambarino que revelan un alto grado de contaminación ambiental. En diversos y apartados lugares arden con siniestro resplandor los bosques, convirtiendo en humo y ceniza las especies vegetales y animales. Mortales insecticidas aniquilan a seres inocentes con el rotundo argumento de destruir las pla-

gas enemigas de los cultivos. El estruendo de explosivos experimentales y de pesca furtiva conmueve el espacio y agita las aguas de ríos, mares y lagos, sumándose al ruido ensordecedor en que se debaten las gentes agobiadas por la angustia y la zozobra. La tala inmisericorde de vegetación despuebla metódicamente valles, llanuras y montañas, cegando los manantiales de agua. Los caminos de cemento alargan sus largos tentáculos, sembrando a su paso la aridez y aventando la enceguecedora arena sobre lo que fuera solaz y sustento de muchos. Gases ponzoñosos y mortíferos ascienden hacia las nubes y se compactan como una gran cubierta que cierra el firmamento. Parques y jardines abdican de la luz en los centros industriales y parecen como sumergidos en el sueño letal del silencio, la soledad y la bruma. Los devotos de la caza aniquilan con fruición los escasos sobrevivientes de especies en extinción.

Las civilizaciones, las ciudades, la vegetación y los seres vivientes han sucumbido periódicamente en el largo proceso de la vida bajo el influjo inexorable de la rotación eterna de la naturaleza y la eterna confluencia de los tiempos. Pero algunas veces ese proceso inevitable de extinción se ha acelerado por acción de la voluntad humana. Este fatídico determinismo tiende a comprobarse con el testimonio irrecusable de las ruinas, tumbas, capas geológicas y rocas y sedimentos volcánicos que se han acumulando en el fondo de los mares. Ellos, espejo fiel de los largos procesos del tiempo en su recorrido que se acerca ya a los dos y medio millones de años, que preceden a nuestra era, tienden a confirmar poco a poco, las observaciones y resultados que los estudiosos vienen propalando sobre las civilizaciones muertas.

El tremendo holocausto de población civil y el dantesco espectáculo que siguió a las dos explosiones atómicas que sacudieron Hiroshima y Nagasaki, hicieron recordar al mundo estupefacto las profecías de científicos, magos e inspirados. Nuevamente retornaron a la mente viejas utopías, mitos que ha conservado la cábala, predicciones de los Libros Sagrados y la evocación de Babilonia, Sodoma, Gomorra, Síbaris y otras ciudades malditas.

El velo que ha venido ocultando los enigmas de ayer, ha despejado en parte el gran misterio del universo y el hombre se sumerge ansiosamente en la investigación científica en bus-

ca de una respuesta positiva a las grandes dudas que asaltan su mente. Otros estudiosos, olvidándose de la amenazadora espada y de la predicción que espantó al rey Baltazar y a sus cortesanos, continúa ideando los medios más eficaces para fortalecer la sociedad de consumo que viene desgastando los grandes valores y cuyos desechos ponzoñosos, exhalados por sus factorías, aniquilan las realizaciones y los progresos alcanzados en milenios de cultura y civilización. Contra esta producción suicida de bienes de consumo, de tiempo en tiempo filósofos, poetas, humanistas, científicos y filántropos, dejan oír sus proféticas voces y sus admoniciones en defensa de la vida humana. Pero su voz, como la del que predicaba en el desierto, se pierde en el vacío, acallada por los intereses creados y la cadena sin fin de complicidad que envuelve el destino irrefrenable de la sociedad del siglo XX.

En este ir y venir de la colectividad humana, desde cuando se dividió el tiempo en períodos caprichosamente delimitados, han sido muchas las sectas religiosas y las sociedades clandestinas y secretas del más diverso orden que han operado en la sombra, para escapar a la comunización, al dominio y persecución de los detentadores del poder y a sus métodos brutales de persuasión. Sus integrantes se han inspirado en su devoción religiosa unas veces; otras, ansiosos de libertad política y asqueados del medio en que se agitan las colectividades, predicán desde la clandestinidad su fe en otros valores y su inconformidad ante filosofías que excluyen los derechos y la libre voluntad de expresión. Y por último, otros, defensores de la tradición, han tratado de preservar los mitos, los misterios que ocultan las viejas leyendas, las fuerzas poderosas de la voluntad transmitidas por la Cábala y los símbolos esotéricos que lograron escapar a la destrucción sistemática perpetrada por los sectarismos religiosos y políticos.

Científicos y expertos, apoyados por los más sofisticados medios de captación y apreciación investigativos, se absorben en el análisis de aquellos documentos y objetos que han venido guardando celosamente el misterio de las energías secretas y de la ciencia hermética que se llevaron a la tumba civilizaciones destruidas por acontecimientos aún inexplicables hasta el momento: "Los Codex Dresdensis, Matritenses, Parisienses, Sortisianus, Perusianos, Cartesianos, Vaticanos, etc.; el manus-

crito Troano; el Chillan Balan de Chumayel; las grandes pirámides; las estatuas de la Galería de los Reyes de Notre - Dame de París; la Catedral Alsaciana de Notre - Dame en Chartres; el Bafomet de los Templarios; los gigantes de la Isla de Pascua; los Atlantes del templo de Tula; los mástiles de los Pielos Rojas; los dioses del Antiguo Mexico; los monolitos de los Celtas y Hebreos; los Colosos de Anatolia y tantos otros monumentos y símbolos enigmáticos y silenciosos, que con su frío mutismo han visto desfilar los milenios y las culturas.

Por sus misterios, sus fórmulas extrañas, sus ritos y prácticas rodeados de una inequívoca voluntad de ocultismo, las sectas y sociedades lograron subsistir por un tiempo en voluntario aislamiento en la penumbra de los bosques, en el fondo de las cavernas, en los sótanos de viejos castillos, en las torres de las fortalezas, en las ruinas y bajo la protección de la oscuridad de la noche, propicios todos a sus extrañas ceremonias.

Místicos, fanáticos, sectarios, prófugos, seres deformes y monstruosos, vírgenes de belleza incomparable, guerreros, artistas, monjes, políticos, hombres de ciencia y sabios de todo orden, ligados por juramentos, vínculos de sangre y amenaza de muerte, lograron por generaciones mantener la llama oculta de su inspiración y su fe en una creencia o en un destino, transmitidos desde la lejanía de los tiempos por los apóstoles irreductibles de una causa templada en el dolor, en la abstinencia y en los potros del tormento.

Ciudades opulentas y soberbias vivieron sus días de poderío y desenfreno, mientras no se abatió sobre ellas el golpe demoleedor del infortunio, que las sumergió en el mundo silencioso de las ruinas, a merced de la voracidad de la maraña invasora.

No es posible siquiera concebir estimaciones sobre los conocimientos que aún guardan los templos, monumentos, ruinas y manuscritos, y quien sabe cuantos otros elementos preciosos, todavía desconocidos, sobre el secreto de tantas civilizaciones desaparecidas.

Por los documentos que se ha logrado rescatar de los lugares donde dormían el largo sueño de los tiempos ignorados, es posible juzgar —ya sin lugar a duda— cómo los hombres de todas las épocas se han ensañado contra sus semejantes y

cuán poca importancia le dispensaban muchos de ellos a la vida humana y al destino de los mundos que habitaron. Ciertas declaraciones que conservaron la Cábala, los Libros Sagrados y los símbolos esotéricos, nos revelan los sentimientos de héroes, místicos, religiosos, políticos y personajes legendarios, para quienes la vida dependía —según el caso— de sus creencias religiosas, de los dictados de sus leyes, de su concepto del honor y de su noción del valor y dignidad personal que alimentaban su sentido de la cultura y sus principios de patria, estado o ciudad. Basta recordar a Sansón y la destrucción del templo de los filisteos; a los familiares, esclavos y cortesanos que marchaban voluntariamente a la muerte para acompañar a sus reyes en el viaje a otros mundos; a la leyenda que ordenó grabar Leonidas en una roca de las Termópilas; a los generales atenienses vencedores pero condenados por no haber recogido a sus muertos en una batalla naval, en medio de una horribona tormenta; a los inquisidores que hacían ostentación de sus métodos eficaces de torturas; a la guerra a Muerte de Bolívar; a Napoleón, refiriéndose a la poca importancia de millares de muertos, fácilmente reemplazables según él en una noche de amor de París; a Carlos XII de Suecia, cuya razón de existir era la guerra; a Tamerlán que ordenaba exigir túmulos de cabezas humanas; a Atila que se regocijaba afirmando que por donde pasaba su caballería mogólica, no volvía a nacer la hierba; y muchos otros que sería interminable mencionar.

Para profundizar un poco más en las Sectas Religiosas y en las sociedades secretas que lucharon y luchan por ideales que ellas creyeron justos, formularemos una somera relación de las más importantes, porque influyeron en una u otra forma, en cambios y transformaciones sociales y políticas de gran trascendencia algunas veces.

En muchas regiones de Oriente, Occidente y Africa y en Islas y archipiélagos del Pacífico, el fanatismo religioso ha cobrado numerosas víctimas hasta épocas relativamente recientes. En el Asia vieron la luz fundamentos religiosos de tanta trascendencia, que es forzoso admitir que fue allí precisamente donde se originaron las más altas concepciones místico-filosóficas en que se asientan las religiones que cuentan hoy día con mayor número de adeptos. Para llegar a esta conclu-

sión bastaría recordar que el cristianismo, el judaísmo, los mahometanos, budistas, lamaístas y los seguidores de otros iluminados, surgieron en Oriente. Los motivos para que se hubiera desencadenado esta proliferación de sentimientos y tendencias religiosas, puede explicarse y justificarse tal vez en razón del espíritu que anima y alimenta la conciencia y el espíritu de este conjunto geográfico, integrado por grupos étnicos de la más variada condición, que se identifican, sin embargo, por su concepción mística y devota, su emoción estética, su refinamiento, la pasión, el espíritu contemplativo, el ansia de sabiduría y perfeccionamiento y la capacidad de abstracción mental. Solamente las religiones y los dioses originarios de Oriente han logrado sobrevivir a los grandes cambios y a las profundas transformaciones técnicas, científicas y sociales. Cabe también agregar que las mayores crisis que sacudieron al mundo por el alcance de sus proyecciones en la cultura, en la economía y en el destino de algunos países, se generaron en las ideas religiosas de Oriente que afectaron hondamente a Europa, Asia, América Latina y Africa. Alemania, Francia, España, Holanda, Italia, Inglaterra, Bélgica y ciertas regiones nórdicas sufrieron la tremenda contienda de la Guerra de los Treinta años. También en la vasta zona asiática los Cruzados sometieron a países enteros al hierro, al fuego y matanzas inenarrables de población civil. Africa también pagó caro tributo merced a la influencia de la colonización europea.

Rusia, para muchos constituye aún algo enigmático, algo tan extraño, que no pueden comprender como ese gigantesco conglomerado humano, eterogéneo y colmado de grupos étnicos de las más variadas y contradictorias condiciones culturales, económicas y lingüísticas, haya podido sobrevivir a un pasado histórico tal vez sin precedentes en la historia de la humanidad. Víctima de un atraso de varios siglos de civilización, bajo la férrea bota mogólica —que la aisló de la cultura de occidente— ha podido, sin embargo, dentro de un determinismo eurasiático, incursionar con éxito que asombra en la más alta categoría de la literatura, de la música, de la danza, de la pintura y del arte en general.

Cuando sopesamos —así sea con cierta superficialidad— la historia del mundo, echamos de ver que su esencia polifacética no le permite, como piensan algunos, “ser un saco lleno

de hechos” o un “espejo que refleja la vida de los pueblos”. Recordemos —a este propósito— que la imperfección del espejo, en algunos casos nos presenta los hechos y los personajes en forma tan desfigurada, que se debe atribuir únicamente al hombre que hace y redacta la historia parte muy activa en la deformación, pues su conciencia está sujeta a ciertas tendencias favorables o desfavorables, al discurrir de ciertos acontecimientos y a la verdadera fisonomía de los personajes que pueblan este mundo tan vasto en inquietudes, contradicciones y hechos inadmisibles para algunas conciencias.

En efecto, la Rusia que produjo a Dostoievski, Gorki, León Tolstoi, Korolyenko, Andreiev, Pushkin y tantos otros novelistas, poetas y dramaturgos, que nos abstenemos de enumerar por no ser ese nuestro propósito, también dio vida a Iván el Terrible, a Pedro el Grande, a Catalina la Grande y a personajes que influyeron tanto en la vida de la humanidad, como Lenin y Stalin. Y para terminar, en la ciencia pura Silkiosky permitió que un Sputnik cruzara el espacio infinito. Al lado de ellos emergen de la historia personajes extraños, únicos en su género, como Rasputín que todavía para muchos continúa siendo un enigma.

Hecha esta aclaración sobre la vieja Rusia, ya no sería inexplicable el papel que jugaron sectas y fanáticos religiosos que tanto pesaron y contribuyeron al desarrollo de los acontecimientos que estuvieron a punto de destruir la Iglesia Oficial Ortodoxa, procedente de Vizancio, y auspiciar en buena parte la más terrible revolución de todos los tiempos.

Entre las sociedades secretas más famosas por su influencia sicológica sobre los diversos estamentos sociales y por su activa ingerencia política, religiosa y económica, merecen destacarse los Caballeros Templarios; los Carbonarios; los Thugs; la Frankmasonería; la Orden Rosa Cruz; el Ku-Kus-Klan; la Mano Negra; el Mau-Mau y la Mafia; y las Sociedades Nacionalistas Irlandesas.

Estas sociedades —excepción hecha— de la masonería, la Orden Rosa Cruz, la Mafia y las Sociedades Nacionalistas Irlandesas, han venido desapareciendo, unas por haber alcanzado los objetivos perseguidos, y otras, por haber perdido su razón de ser a causa de acontecimientos trascendentales. Pero como la historia genera siempre fenómenos que alteran cada

vez más el equilibrio social, transforman el espíritu y contenido de las sociedades y modifican el carácter y las costumbres de ciudades y pueblos, nuevas organizaciones clandestinas han hecho su aparición, con tal eficiencia en sus métodos y procedimientos, que los organismos de seguridad no poseen aún la capacidad ni la técnica necesarias para contrarrestarlas.

Este resurgimiento de inconformidad y oposición se ha inspirado en los mismos métodos de organización y en las mismas prácticas de misterio, hermetismo, intimidación y secuestro que caracterizaron las anteriores. Su gran capacidad de confrontación se apoya en una intensa preparación física, en el empleo de armas muy sofisticadas, en la constitución de enlaces en los distintos ramos de la administración pública y privada y en una red de informadores estratégicamente coordinados en los distintos niveles de los estamentos sociales.

Las organizaciones clandestinas actuales se han infiltrado en tal grado dentro de la vida de las colectividades, que el Estado en los países catalogados como democráticos, ha llegado a aceptar el diálogo hablado o escrito con los caudillos de la insurgencia. Estas relaciones encauzadas directamente por los medios de seguridad —a través de organismos especiales— o por caminos y rutas clandestinas, le ha impreso a estos grupos una modalidad, que puede estimarse como de público reconocimiento a su existencia de núcleos de oposición política o religiosa.

Después de estas consideraciones es inevitable admitir, que si un espíritu de inconformidad ha sido inseparable compañero de todas las civilizaciones precedentes, nunca como hoy se ha agudizado hasta tal punto, que al igual que esas calderas en ebullición, herméticamente cerradas, terminan por estallar en mil fragmentos; el mundo actual ha venido acumulando materias explosivas bajo el pretexto de evitar un conflicto bélico —de tal volumen y de tanta potencia— como para cerrar la historia de estos dos últimos milenios y recomenzar el largo proceso de edificar una nueva civilización en todos los órdenes de la vida.

Pero no solamente la amenaza proviene de una confrontación armada o del estallido imprevisto de materias explosivas acumuladas en demasía. Existen suficientes motivos para con-

siderar que esta civilización, desarrollada en varios milenios —toca a su fin como las que le precedieron en la lejanía de los tiempos—. Concurren para ello tal diversidad de factores, que sin pretender abordar en este dilatado terreno —que otros han intentado con mayor autoridad y conocimientos— precisa admitir que los peligros que conspiran contra la existencia de la humanidad, ya para finalizar el siglo XX, derivan del mismo progreso alcanzado por esta alta y sofisticada cultura.

Aquí cabría recordar la afirmación de un sabio economista contemporáneo:

“Todo organismo lleva en sí el germen de su propia destrucción”. Sin aspirar a cobijar integralmente tan inquietante fenómeno, parece suficiente considerar sólo lo que resalta a primera vista, pese a que entraña necesariamente reacciones y opiniones contrarias.

Enriquecimiento y empobrecimiento

No obstante que estos dos fenómenos surgen desde los tempranos días de la formación de las colectividades humanas por estar acordes con el principio de la iniciativa individual, la capacidad de trabajo y la habilidad personal de nuestros días, los monopolios y la concentración del capital, han ahondado profundamente las diferencias en los niveles de vida e incrementado la insatisfacción de los menos favorecidos.

El progreso científico y las drogas milagrosas

El proceso demográfico —sensiblemente alterado por nuevas prácticas y conocimientos para preservar la vida y contrarrestar las enfermedades— ha desarrollado la longevidad y el consiguiente aumento de población.

Las ideologías políticas y las concepciones económicas

Vastas y dilatadas regiones, otrora a merced de circunstancias de orden natural, plagas, insalubridad y enfermedades, por razón de radicales transformaciones sociales, culturales, políticas y económicas, han reducido la mortalidad y elevado al máximo el incremento amenazante de la población del globo terráqueo.

La paz a costa del armamentismo

Un notable político de las dos últimas guerras mundiales, aseveró "que la paz sólo se consigue a la sombra de las bayonetas". Este último vocablo, un tanto inadecuado en el momento, se ha trocado por otros para designar poderosos medios de destrucción, a cuya "sombra" se mantiene una paz precaria, pero a costos ruinosos, casi insostenibles.

La conveniencia o inconveniencia de los conflictos armados

Esta sola comparación provoca de inmediato la repulsa general o el rechazo rotundo. Los enemigos de la guerra constituyen la inmensa mayoría de la opinión pública. Parece pues —insensato— estar del lado de la guerra. Pero la escasa minoría partidaria de la confrontación armada, está apoyada por el más poderoso argumento de todos los tiempos: "La Economía". Con algunas excepciones, muy pocas por cierto, los conflictos armados se han suscitado por intereses económicos tanto nacionales como particulares, en los que los segundos han ejercido influencia decisiva sobre aquellos. Parece que el primer crimen de la humanidad se debió a una confrontación entre dos, según el testimonio de libros religiosos; ella concierne a la muerte del pastor Abel a manos del agricultor Caín. De ahí podría arrancar la eterna pugna de estos dos renglones tan importantes de la economía, pese al invento de vallas, muros y cercas electrizadas.

Los pacifistas argumentan que la guerra es destrucción, exterminio, quebrantamiento de principios humanos, retroceso cultural, violencia inaudita y factor de ruina en todos los órdenes de la vida.

Los belicistas sostienen que la guerra moviliza fuerzas espirituales, aletargadas por la paz; desarrolla la inventiva y el progreso científico; aporta nuevas concesiones e ideologías más a tono con la realidad de los tiempos, y por último, la terrible afirmación, de que disminuye provechosamente —en beneficio de los sobrevivientes— el azote de la superpoblación.

A manera de comentario, bien vale meditar sobre esta última y tremenda afirmación. En la China de hoy las gentes en su gran mayoría —según comentaristas autorizados— sólo se mueren de senectud. Con alguna anterioridad, las enfermedades endémicas, las inundaciones, los conflictos internos y externos y la langosta, entre otros males, diezaban su población en cerca de diez millones de habitantes anualmente. Al desaparecer casi en su totalidad estos azotes, la población de este gigante crece en proporciones que deben calificarse como amenazantes.

Si preguntamos ¿para quiénes este hecho entraña mortal peligro?, habríamos de inferir, que para sus vecinos y el mundo en general. Hace 180 años aproximadamente, un genio militar —Napoleón— al hablar de la China, afirmaba que era un gigante dormido que al despertar podría conquistar al mundo. Varios personajes —de diversas condiciones—, entre ellos Nostradamus, han profetizado lo mismo. Tras este objetivo, hoy median mejores relaciones entre China y Estados Unidos de Norte América, que entre aquella y la Unión Soviética, ambos de régimen comunista. Contra los dos mantiene la China reivindicaciones territoriales, tremendo dilema de espacio vital y de economía. Este es para el gigante de tanta trascendencia, que está por sobre la comunidad ideológica. A lo largo de la historia, israelíes, griegos, romanos, ingleses, alemanes, japoneses y estadinenses, sin mencionar otros pueblos, han afrontado grandes conflictos, en busca de extender sus fronteras.

Podemos conjeturar, que sólo el temor de una confrontación atómica, ha venido postergando la tercera guerra mundial. ¿Hasta cuando? Posiblemente hasta cuando se reduzcan demasiado los recursos alimentarios, o se puedan colonizar otros planetas. Mientras tanto, se persigue incansablemente el equilibrio militar, a costa de la inmensa masa de los menos favorecidos.

Las grandes potencias distribuyen en sus zonas de influencia, equipos y material de guerra con el propósito, según afirman, de prevenir la guerra; pero necesariamente esta fórmula

es tan peligrosa que podría precipitar la gran catástrofe, que hasta el momento se regula mediante una comunicación, digamos telefónica. Mientras tanto, este armamentismo, inútil contra las grandes potencias, se vuelve contra la oposición interna. Nos hallamos pues en el plano de las contradicciones, en la fatal encrucijada que reveló a Damocles Dionisio el Viejo, tirano de Siracusa.

OBRAS CONSULTADAS

Clement Haart — Louis Delaporte

El Irán antiguo (Elam y Persia) y la civilización irania.
Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.

André Aynard — Jeannine Auboger — Director Maurice Grouzot

Oriente y Grecia Antigua — Historia General de las Civilizaciones.
Editorial Destino — Barcelona.

Heinrich L. Kaster

Historia del Cercano Oriente.
Editorial El Ateneo — Buenos Aires.

Alexis Marcaff

Enigmas de las Sectas Rusas. Daimón.
Madrid, Barcelona — Mexico — Buenos Aires.

M. Thom

Enigmas de las Sociedades Secretas. Daimón.
Madrid, Barcelona — Mexico — Buenos Aires.